

LA HUÍDA

¡Ahora, baja los plomillos!

Nuestros latidos del corazón sonaban como martillazos en aquel silencio sepulcral.

De pronto, aquellos pasos. Rubi contenía la respiración y juraría que en aquella oscuridad vi su cara enrojecer hasta tornarse morada. Yo intentaba controlar la velocidad de mi jadeo, pero haber llegado hasta aquí y saber que estaban cerca lo volvía a acelerar inconscientemente.

Aquella sala fría llena de material médico y pintada de un blanco nuclear contribuía a aumentar el estupor que sentíamos mi amiga y yo envueltas en aquella situación tan peligrosa.

Nada los detendría. Venían a por nosotras y pensamos que la única escapatoria estaba debajo de aquella camilla del rincón del fondo. Se acercaban, y podíamos ver la luz de las linternas por los cristales translúcidos de aquel habitáculo.

-Ya es el fin, ya están aquí, nos encontraron - repetía incesantemente en mi cabeza mientras veía como el pomo rodaba para ser abierto.

Y en ese mismo instante, un grito desde el otro ala del edificio rompió el maldito silencio y la persecución. No supe lo que pasaba, pero entendí que nos habíamos librado de aquel grupo maligno con batas blancas. Dejaron el pomo y se fueron con sus luces de linternas y sus pasos hacia los alaridos incesantes de aquella otra pobre chica.

-¡Levanta, Rubi!. Tenemos que salir de aquí ya! Respira, por favor! Mi eterna compañera comenzó a volver en sí mientras la agarré y nos acercamos hasta la puerta de la sala.

Aquí empezó nuestro peregrinaje más importante. Salimos por un pasillo largo que recorrimos completo, tres escaleras de emergencias abajo y logramos abrir el portaje de lavandería para salir por la compuerta, que según mis cálculos bien estudiados, estaría abierta aprovechando el camión de recogida de sábanas de las 2 a.m. Durante el encierro tuve suficiente tiempo para conocerme el edificio como la palma de mi mano. No podíamos fallar.

Rubi me seguía agarrada, apretándome tan fuerte que a veces sentía agolpárseme la sangre, pero es que a ella siempre le hicieron más daño que a mí y el saber que podían atraparnos y volcar sus represalias contra nosotras, la hacía temblar con espasmos incontrolados.

Yo estaba segura de que esta vez no iban a conseguirlo. Estábamos más cerca del final de este sinvivir. Ya veíamos la luz de la rampa de vehículos y frenamos en seco antes de caer al suelo desde dos metros de altura.

-Amiga, mírame, a la de 3 saltamos. ¿Vale? 1, 2 y ... - caímos rodando sin soltarnos. Nos apresuramos y corrimos bosque adentro como si no hubiese un mañana. Ese día ni el mejor atleta del mundo hubiese podido con Rubi y conmigo, y eso que parecíamos siamesas.

Así, de esa forma, encontramos la vía del tren que tras dos horas a pie a marcha forzada nos llevaría hasta la ciudad, donde terminaríamos cumpliendo con el plan que prometimos hace un año y medio. La venganza se servía en plato frío y nos habíamos estado preparando con paciencia esperando el momento perfecto. Cavadas ya no podía hacerle más daño a nadie. La justiciera de Rubi había hecho que deseara con todas mis fuerzas acabar con él, y así, terminar también con el sufrimiento de los que en la Villa Teller se encontraban.

Metí en mi bolsillo la mano y agarré con fuerza la ficha técnica del Doctor, que veinticuatro días atrás había robado del Archivo. Allí estaba su dirección.

-Alma, gracias por sacarnos de allí. Siempre fuiste tan fuerte. Ahora podremos empezar una nueva vida lejos de aquí, cuando consigamos que esta pesadilla termine - me decía mi amiga visiblemente emocionada. A mis diecinueve años siempre había mostrado una madurez digna de una persona de cuarenta y había sido el sostén de ella durante los más de diez años que hacía que nos conociáramos.

-Solo quiero que recuerdes el modus operandi de nuestra última prueba antes de ser completamente libres. Con el fin del Doctor Cavadas, comienza nuestra tranquilidad. Ese hombre lleva varios años anulándome, mintiendo y ordenando a su séquito no sé cuántas barbaridades contra nosotras- Mientras hablaba, vi aquella casa de madera con amplio jardín igualita a la de la foto de su despacho. -Voilà-

A las siete y media de la mañana de ese domingo, 4 de octubre, Rubi y yo vamos rumbo a Castenoul en el autobús de línea. Mi abuelo siempre me hablaba de un pueblo precioso y tranquilo del Pirineo Oriental cerca de Perpiñán. En un sitio así tal vez nos dejarían en paz de una vez.

-Noticias de las nueve. El líder de la oposición acusa al Presidente del Gobierno de graves recortes presupuestarios en el área de lo social. Un centenar de centros quedarán sin dotación para los programas de reinserción de jóvenes con problemas.- sonaba fuerte en la radio del bus el informativo matutino.

Pero mi compañera y yo nos abstraemos con nuestras conversaciones sobre la vida bella pirenaica que nos espera, llegando así a nuestra siguiente parada. Nos bajamos en ese momento del autobús, y a la vez del mundo. ¡Qué les den!

-Rubi, ya no tendremos que preocuparnos nunca más.

El vehículo se pone de nuevo en camino para continuar su ruta. Nos acercamos a comprar en la ventanilla de la estación el billete para nuestro siguiente trayecto y lo vemos alejarse por la avenida.

En él viaja poca gente. De fondo continúan sonando los resúmenes informativos.

Una niña rubia con trenzas sentada con su madre en los últimos asientos del autobús pregunta a su progenitora:

-Mami, ¿por qué esa muchacha que acaba de bajar ha ido hablando sola todo el tiempo?

-No me he dado cuenta, cariño. Estoy contestando a varios correos electrónicos del trabajo. Desde luego, cada vez hay menos gente cuerda en esta ciudad.

El conductor, atento a las noticias, se lamenta entre dientes escuchando a la locutora:

-Un incendio, al parecer fortuito, en una casa de la zona residencial de la ciudad, acaba con la vida del reconocido psiquiatra. El Doctor Cavadas, padre de la neurociencia aplicada a los cuadros psicóticos - esquizofrénicos, fallece en el incidente junto a su hija que pasaba las vacaciones con él. Los profesionales médicos de Paterson muestran en un comunicado recién llegado a nuestros estudios su consternación ante la tragedia...

El autobús se pierde en el horizonte.